

El triunfo y las resistencias.

XV

En vano el hombre empeña su buena voluntad por el bién, si está fuera, como Maximiliano, de la ley de la historia.

Los grandes hombres cometen grandísimos errores; pero es siempre mucho mayor el absurdo à que les empujan los partidos.

Disuelta por la independencía aquella *unidad del poder* que era el antítesis de la descentralización, con la muerte de Iturbide y que debió ser la última prueba en contrario, no era posible satisfacer las necesidades de los tiempos desvinculando la propiedad, la industria y el tráfico á nombre y por iniciativa de un Poder, que sustancialmente era la vinculación de la soberanía, el patrimonio familiar, el feudo de los pueblos por sucesión hereditaria.

Este último ensayo desesperado, por las razones

que llevo expuestas, solo podía tener un desenlace honroso: la muerte.

En ese momento supremo es cuando Maximiliano personalmente, se agiganta poniéndose á la altura de su misión, y sabe morir por la idea; que únicamente los aventureros de baja estofa, esquivan con la fuga cobarde la responsabilidad de su causa.

Observador del aforismo de Polibio, *hagamos justo encomio del enemigo*, y rindiendo un tributo de justicia á su digna memoria, colocaré una corona de laurel sobre su tumba, que es premio de los héroes; recordando que allí no se dió vengadora muerte al hombre, sino justo y previsor atajo á la institución, porque así era de necesidad y salud pública.

Después..... ¿quién es Juárez? ¿Está, como Maximiliano, fuera de la ley histórica?

Antes de contestar á esta pregunta, haré hablar á César Cantú en fórmulas generales:

El hombre, QUE SABE DISCURRIR sacudiendo el espíritu de partido y las preocupaciones momentáneas, no se deja llevar de INCERTIDUMBRES ENERVADORAS y de un esceptismo que quita la pureza á las ideas, la solidez á las convicciones; antes bien, en medio de los delirios y errores que presencia, se consuela con pensar que del mal saca Dios el bien.

Si la democracia consiste en realizar la dignidad común, en asegurar los derechos personales y complexivos

de meros ciudadanos, en conseguir á un número más crecido, una parte más activa en el gobierno ¿quién ha de negar que ésta haya adelantado poderosamente en el presente siglo? Hoy las naciones se equilibran en punto á conocimientos, civilización y poder; bastan dos lenguas para entenderse con todo el mundo, y una sola música para conmoverlo. Se parecería á un eslabón roto en la gran cadena, la nación que no hiciera recambios intelectuales. Hubo un tiempo en que las gentes se arraigaban al suelo, porque de él emanaba la independencia y las plenas facultades; hoy do quiera que esté el hombre le basta su carácter; imprenta, ferrocarriles, vapor, telégrafo, todo se auna para hacer comunes las ideas; las barreras que en otros tiempos se veían plantadas al pasaje de cada río, están relegadas ahora á confines muy remotos; y el crédito se ríe de las que ha levantado el economista ó el político. DESAPARECIERON PRIMADOS y MONARQUIAS UNIVERSALES, SIMBOLOS DE EPOCAS PAGANIZADAS que repugnaban á aquella FRATERNIDAD cuya PRIMERA VOZ resonó en las pajas de Belem y en los relumbrones del Monte de los Olivos, y que, al patriotismo, equivocación momentánea del cálculo personal, subrogó una completa resistencia á todas las inclinaciones depravadoras, merced á la cual, las gentes, como ramas de una misma cepa, tratarán con la misma savia, si bien sazonando frutos particulares.

A todo se antepone LA LIBERTAD, exclama, CARACTER del hombre, EJERCICIO de todas sus facultades mandado por la RAZON: por lo cual, NO ES AMENAZA y

VENGANZA, sino señal de renovación, de amistad, tutela contra toda opresión, garantía de todos los derechos.

Nosotros dando gracias á nuestros padres que tantas barreras han destrozado, declaramos, que es cometer acto de holgazanería, creer rematado el camino por el cual no hicieron más que procurarse el poder avanzar.

El texto de estas declaraciones de César Cantú, contenidas en los párrafos insertos, está á la letra traducido del original.

Este texto lo hago mío y de él me aprovecho.

Ahora bién.

El verdadero triunfo de la Democracia en América es haber destrozado la barrera de la Monarquía, sin que al hacer esto nuestros padres, hicieran otra cosa que procurarse el poder avanzar.

La cuestión viene juzgada por César Cantú mismo, pues si estima con razón, holgazanería creer que está rematado el camino ¿cómo puede calificarse el acto de instituir aquí la Monarquía, donde por fortuna y grandísimo adelanto, no había dejado ninguna raíz tradicional?

Si hubiera podido consolidarse aquí el trono de Maximiliano, preciso sería dirigir á los mexicanos aquella formidable pregunta de Lamennais:—¿Sois más viles que los esclavos romanos, que no hay entre vosotros un Espartaco?—

Lejos de eso, hubo aquí muchos Espartacos y á su cabeza Juárez.

Ved trazada en un solo rasgo la significación del hombre.

—¿Se quiere que no sea otra cosa Don Benito?—

Pues es preciso concederle que fué el Espartaco de la Independencia y libertad de México.

El Espartaco de la libertad, porque Maximiliano Rey, representaba la sucesión hereditaria.

El Espartaco de la Independencia, porque el imperio del caballero austriaco era el hijo bastardo de otro imperio, cuya legitimación había recibido por rescripto de las armas extranjeras.

Y á fe que no hay calumnia más desvergonzada que la atribuida á Juárez respecto de los tratos sobre desmembración del territorio, todos pulverizados con documentos auténticos incontestables. Ah! ¿por qué se toma aquí en boca la SONORA, envuelta en aquellas siniestras nebulosidades, que á pesar de no haberse rasgado su densidad, algo y mucho se dejó traslucir de las pretensiones de Napoleón con Maximiliano?.....

Pero sigo adelante.

Juárez estaba dentro, perfectamente dentro de la ley histórica. Era el instrumento de acción empujado por las corrientes de las ideas y necesidades de los tiempos. Triunfó la idea, porque no podía salir derrotada la ley de la historia. El imperio quedó vencido, la monarquía muerta, la soberanía por sucesión hereditaria para siempre proscrita; pero á la catástrofe sobrevivieron los facciosos, diseminados en los campos al abrigo del terri-

torio abrupto y la falta de fuerza pública que asegurase la vida, para hacer el desorden; y cobijados en la ciudad á la sombra de las garantías liberales, para hacer la conspiración.

Don Benito Juárez no era un tirano de sangre y de raza; no tenía condición ninguna personal de Dictador; era sencillamente un hombre de bien; ningún arranque de cólera tuvo en su vida, ningún impulso individual de venganza, ningún instinto sanguinario. Aquella naturaleza impasible que nunca vaciló ante el peligro, se dice que vaciló una sola vez en su vida, vacilación de hombre, no de jefe de partido, al refrendar un decreto de muerte. Pero Don Sebastián Lerdo, vacilante por organización, le comunicó energía; tal era la imperiosa necesidad de dar una solución definitiva al problema.

De allí en adelante, Don Benito no podía tener ninguna debilidad. Un gobierno triunfante no puede guardar complacencias con los facciosos. Condescender es abdicar, trayendo sobre la patria nuevos y azarosos compromisos.

Los poderes políticos de la tierra van por dos caminos al cadalso: el camino de los atrevimientos impremeditados, y el de las debilidades imprudentes. La impremeditación atrevida conduce al suplicio á Carlos de Inglaterra; y las debilidades de Luis, siempre queriendo el bien sin firmeza para realizarlo, le llevan á la guillotina.

Una debilidad de Don Benito le hubiera arrastrado al cadalso. Su muerte hubiese sido menos honrada

que la de Maximiliano. Este pereció obcecado con la idea falsa de que podía reinar en México, porque había nacido príncipe en Alemania. Aquel no podía morir sino calificada su debilidad de traición hecha á su causa.

El imperio fué vencido, el problema resuelto; pero la paz no quedó hecha.

Todo trabajo de organización estaba por hacer. Faltaba la seguridad en los campos, la viabilidad en los caminos, el orden en las ciudades. Los vencidos alentaban los desmanes, cuando no los cometían, interesados en desconceptuar las nuevas instituciones. ¿Cómo sujetar las facciones, cómo remover los obstáculos, cómo formar las costumbres para facilitar el ejercicio de las funciones políticas y recoger todas las ventajas de la ley constitucional, cómo (y esta era la mayor dificultad) poner en cumplimiento las garantías constitucionales, de las que había de aprovecharse el enemigo en contra de la República?

La salud de la patria exigía la arbitrariedad en su defensa.

La lucha era formidable.

El Estado, carecía por completo de aquellas fuerzas conservadoras que nacen con los intereses á la sombra de las instituciones que se van arraigando y de las costumbres que se van haciendo.

Enfrente tenía los hábitos viejos, las preocupaciones vulgares, los intereses privados, y aquella opinión

hecha que habla siempre con éxito á la conciencia de las gentes sencillas; explotando con peligros exagerados la zozobra natural que inspira lo desconocido.

El Tesoro pobre en ingresos y exhausto por los gastos de guerra, tenía que acudir á los contribuyentes, cuya resistencia es lógica cuando no está organizado y garantizado el sistema de tributación.

Enfrente tenía los privilegios, las inmunidades, el monopolio, el caciquismo y la riqueza acumulada en manos de los opositores.

El nuevo Estado no podía improvisar aquella fuerza autoritaria que surge del respeto á la ley, cuando aun no se conoce bien, ni se ha formado la costumbre de respetarla.

Tampoco podía improvisar aquella firmeza que da la unidad de acción á los poderes centralizadores, porque su misión, sus aspiraciones, su bandera, su Carta constitucional, eran descentralizadoras.

Respecto de este particular se hace un argumento de la mayor enormidad sofística.—¿Por qué no estando este pueblo preparado para la libertad, se le dan las fórmulas más avanzadas?—

¡Cómo si estuviera en la mano del hombre hacer picadillo de los principios para servir en el banquete político un pastel que no cause indigestión mortal!

El pastel ya se había servido con el imperio, que era el mejor embuchado que podía hacerse de los principios.

Sin subir el pensamiento á toda clase de consideraciones filosóficas, basta sólo evocar la razón geográfica relacionada con la modernísima historia política de los pueblos de América, para decidir, sin dudas ni vacilaciones, que en ellos no cabe más que la forma federal, anticipada á las costumbres que han de formarse.

Estos pueblos de América no pueden ser ni aspirar á nada sino nutridos por la inmigración, y no pueden ser asistidos de pobladores sino al amparo de la ley federal. Esto pertenece á las cuestiones de hecho, acreditado por el movimiento de las corrientes que ha tenido su asombroso principio en los Estados del Norte.

La lucha de Juárez despues de la muerte del imperio era la primera lucha de organización y la más difícil. Poca parte de la actividad podía emplearse en organizar, y sí mucha era necesaria aplicar á la remoción de obstáculos.

Para juzgar bien aquella situación, no debe preguntarse, qué cosas creó, sino cuántas tuvo que destruir.

La aversión que inspira todavía la memoria de aquel gobierno á algunos realistas, es el mejor testimonio de que si pudo edificar poco, limpió grandemente el camino para dar paso triunfal al progreso.

La lucha era muy desigual y todas las ventajas estaban de parte de los vencidos. Los victoriosos no tenían á su favor más que la idea; pero sin construir en organismos sólidos, y era preciso que se abrigasen en la trin-

chera de la arbitrariedad para defender la vida naciente de las instituciones.

Luchaban con aquellos que vencidos invaden los comicios, la tribuna y la prensa, reclamando en toda su pureza los derechos del ciudadano para recoger de las garantías liberales los medios de conspirar.

Luchaban con aquellos que victoriosos, en nombre de los principios que proclaman, atrofian el pensamiento, enmordazan la boca, argollan las manos, reducen á cenizas en el campo di Fiori la robustez intelectual de Jordano, trituran en las tinieblas del calabozo la juventud de Campanela, y atropellan la augusta ancianidad de Galileo arrancándole los ojos.

En tales circunstancias no podía el Gobierno de Juárez suicidarse por empacho de legalidad.

Realistas y liberales en México.

XVI

Después de lo dicho ¿tendré que descender á detalles para rectificar hechos concretos, cuya verdad histórica está ya repuesta en todas partes y de todas maneras? ¿Tendré que justificar que D. Benito Juárez no puso en venta el cadáver de Maximiliano, ni mucho menos trató de hacer contratos de desmembración territorial con los americanos?

No; mi trabajo no es este, ni para ello he tomado la pluma en la mano. No vengo á terciar en el palenque público para reproducir documentos ya conocidos y que reiteradamente han circulado.

Mi estudio es de otra calidad muy distinta. He venido á exigir al notable historiador un sentido filosófico, un criterio firme, un juicio racional, un método aceptable, un procedimiento admisible; el juicio y el método que enseña en los teoremas de sus discursos, de cuya aplicación se olvida, sobre todo, al ocuparse de la historia de México.